LAS NUBES

POR el cielo de siempre van las nubes,
hermanas a lo largo del camino.
Llueven o tiemblan, zigzaguean, ríen,
escuchan rogativas o blasfemias
de unos hombres a quienes no conocen.
Cumplen con su misión, y luego mueren.

Nubes que cruzan, se deshacen, vuelven
a renacer dichosas, incorporan
derribados gigantes. Nubes blancas:
cisnes que sobrenadan anchos páramos
o túnicas que rozan catedrales.

Imaginan fugaces territorios,
se lanzan en tropel, turbios bisontes,
o se posan en malvas lejanias,
vacas paciendo que el ocaso dora.

Piensa formas la vida, hojea el álbum
eterno de la posibilidad,
y le brotan las nubes como sueños,
le nace la progenie de las nubes.

Cúmulos en el viento, desbandada
de albores donde un claro sol refulge,

milenarias ovejas escapadas
de un aprisco de dioses,
vuelan hacia transatlánticas urbes.

Desde patios oscuros las contemplo,
desde lucernas, desde claraboyas.
Acarician mi frente, ebria de anchura.
Me nacen desde el tiempo, desde el mar.

Nubes presentes, únicas, gloriosas
como todo lo que se desvanece,
alzan su continente hacia el futuro,
con majestad navegan sobre ruinas,
pasan sobre batallas, sobre pueblos
que labran, aman, luchan; sobre idilios
y sobre cataclismos, impasibles.

Pero son como hombres: el rayo las delata.

Como todo emisario, como seres
altamente dotados de infinito,
con clamor o silencio me coronan
de luz y de esperanza.
Y luego mueren.



SALUSTIANO MASÓ